

escuadrones, ¡oh! dijo, quién me diera á beber agua de la cisterna que hay á la puerta de Belén! El rey no tuvo en esto intencion, y solo manifestó en su fatiga un deseo; pero sus valientes lo oyeron y nada mas fué necesario. La muerte se presentaba inevitable. Era preciso atravesar el campo de los enemigos, que se hallaban formados en batalla y (lo que era, si cabe, mas peligroso) presentarse á las puertas de Belén, donde tenian una guarnicion numerosa; pero todo se venció, y los tres valientes trajeron á su rey sediento el agua de la cisterna de Belén que habia deseado. Cuando David la vió, quedó asombrado, y no la quiso beber, sino que la ofreció en sacrificio al Señor. Estremecido al contemplar el peligro que habian corrido los mas valientes de su ejército solo por una palabra de su rey dicha sin imaginar siquiera que se tomase en consideracion, le pesó de haberla dicho, se olvidó de su sed, miró el agua como sangre de sus héroes, y solo halló empleo digno de ella ofreciéndola en sacrificio al Señor.

El primer valiente de la segunda terna de los seis era *Abisai*, hermano de Joab, y sobrino de David. Este levantó su lanza y mató trescientos enemigos, y por esto era el mas famoso de la segunda terna; pero no igualaba á los de la primera. Seguía *Banaías*, hijo de Joyada, de la descendencia de Aaron. Mató tres leones y peleó con un gigante que manejaba una lanza como la de Goliath. Á ejemplo de su rey David no llevó á la pelea mas que un palo. Con él le desarmó, arrancó la lanza de su mano y le mató con ella. El último de esta terna no se nombra, pero se cree que era *Jonatán*, hijo de Samaa, hermano de David, y aquel mismo que mató en la última batalla con los Filisteos al gigante de los seis dedos.

Á mas de los dos ternarios que quedan referidos, tenia David en su rededor otros cuarenta y cuatro valientes que se cuentan por sus nombres en los Libros santos, y que con Joab, que como general era el primero de todos, componen los cincuenta y un valientes que tanto

ayudaron á David y de los que él tanto se gloriaba. Así es que el rey de Israel se hallaba en la altura de su poder, de su grandeza y de sus glorias; pero... ¡ó miseria humana! Este mismo poder y grandeza fué el escollo en que tropezó su vanidad, origen de nuevos castigos y nuevos arrepentimientos.

Recuento de Israel.

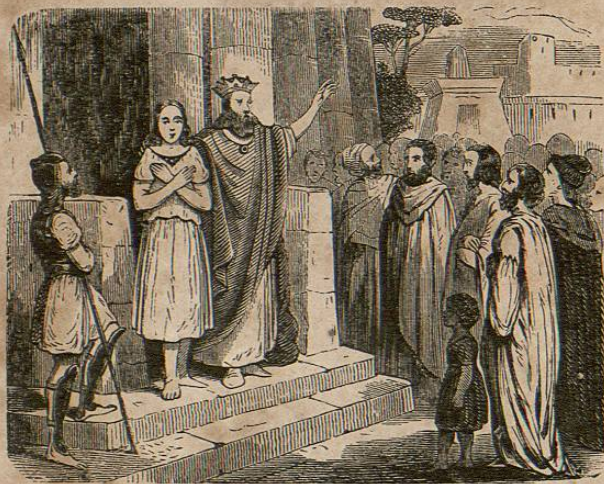
David conocia las fuerzas de su reino por la repeticion de sus victorias y la extension de sus conquistas; pero quiso saber tambien la multitud de sus tropas, y aunque esto en sí mismo no era malo, en el reinado de David en que se contaba menos con el número de tropas que con la especial proteccion del Cielo, era una desconfianza hartó injuriosa al Dios que le protegía. David mandó hacer este recuento por una soberbia oculta y un secreto orgullo que le llevaba á atribuir á su poder lo que era todo del poder de Dios, y Sanatás, dice el sagrado texto, se levantó contra Israel é incitó á David para que hiciese esta fatal numeracion. Anda, dijo el rey á Joab, general de sus tropas, anda y haz la numeracion de Israel y de Judá. Reune los principales del ejército, y recorred todas las tribus desde Dan hasta Bersabé. Numerad todo el pueblo para que yo lo sepa. Y dijo Joab al rey: El Señor vuestro Dios aumente vuestro pueblo otro tanto, como es ahora y aun cien veces mas á los ojos de mi señor rey; pero ¿qué intentais con esto? ¿Acaso, mi rey y señor, no son todos vuestros siervos? ¿Porqué quereis, mi señor, hacer una cosa que sea imputada por pecado á Israel? Pero el mal espíritu que habia incitado á David para que hiciese el recuento, sostuvo su orgullo para que no cediese á las razones de Joab, y su determinacion prevaleció, no solo contra el dictámen del general, sino tambien contra el de los principales del ejército.

Partió, pues, Joab y sus compañeros á hacer la nu-

meracion del pueblo. Pasaron el Jordán y recorrieron las dos tribus y media de aquella parte oriental del rio. Caminaron al norte y llegaron hasta Dan, y tomando la vuelta al poniente, vinieron á Sidon; pasaron junto á los muros de Tiro y por las tierras que fueron de los Hebeos; bajaron á Bersabé, al mediodía de Judá; y recorrida toda la tierra de oriente á norte, de norte á poniente y de poniente á mediodía, volvieron á Jerusalem despues de nueve meses y veinte dias. Joab entregó al rey la suma del recuento, y resultaron cuatrocientos y setenta mil de Judá y un millon y cien mil de Israel, todos soldados, y en edad de manejar la espada, sin que entrasen en el recuento las dos tribus de Levi y Benjamin, que Joab dejó sin numerar por la repugnancia con que cumplia el mandato del rey.

Castigo por el recuento.

Parecia natural que David al ver el asombroso número de sus soldados, se hallase poseido de un gozo extraordinario; pero no experimentó sino un gran pesar, como si los primeros frutos de una pasion satisfecha fueran necesariamente la desazon, el dolor y la inquietud. Vino á herirle desde luego lo que Joab habia dicho, oponiéndose al recuento. Conoció la vanidad de los motivos que le habian empeñado en ejecutarle, y su corazon fué el primero que comenzó á atormentarle. No dudando, pues, David al oír las quejas de su conciencia que Dios estaba enojado, se postró en su divina presencia, y dijo: He pecado en gran manera. Os ruego, Señor, que quiteis (perdoneis) la iniquidad de vuestro siervo, porque ha obrado muy neciamente. Tambien consiguió ahora David, como en otro tiempo, el perdon de su necedad, pero con condiciones semejantes en parte á las del perdon de su adulterio y homicidio. El dia siguiente al recibo del fatal recuento, se levantó el rey muy temprano, y muy



temprano tambien se le presentó el profeta Gad, diciéndole de parte del Señor : Se te da á escoger una de tres cosas. Ó tres años de hambre en tu reino, ó tres meses huyendo de tus enemigos, ó tres dias de peste y mortandad. Ahora, pues, determina y dí lo que he de responder al que me envía. Muy ahogado me veo, dijo David al profeta. Por todas partes me oprimen las angustias; pero mejor me es caer en las manos del Señor (porque son muchas sus misericordias) que en las manos de los hombres (y prefiero la peste). David no escoge hambre, porque el hambre no llega á las mesas de los reyes. Tampoco escoge huida de sus enemigos, porque los enemigos son desapiadados é inhumanos, si ya no son crueles. Escoge la peste, que se entra en el palacio del rey como en la choza del pobre. Quiere que el Señor elija las víctimas, y si las quiere reales, se ofrece á ser la primera porque se considera el primer culpado.

En aquella mañana envió el Señor la peste por todo el reino desde Dan, última ciudad del norte, hasta Bersabé, última del mediodía. Se presentó el ángel exterminador sobre Jerusalem para herirla, y cuando la estaba ya hiriendo, inclinó el Señor hácia ella sus ojos de misericordia, y compadeciéndose de tan grande estrago, dijo al ángel : Basta, deten ya tu mano. Á este tiempo levantó David sus ojos y vió al ángel del Señor que estaba entre el cielo y la tierra con la espada desnuda, amenazando á Jerusalem de un modo espantoso. Le vieron tambien los ancianos del pueblo que estaban con él, y tanto David como los ancianos se cubrieron de cilicios y se arrojaron sobre la tierra pegando sus rostros con el suelo. En postura tan dolorosa y entre suspiros y llantos David clamó al Señor, diciendo : ¿Acaso, Señor, no soy yo quien mandó contar el pueblo? ¿qué ha hecho este rebaño? ¡Señor y Dios mio! vuélvase, os suplico, vuestra mano contra mí, mas no sea herido vuestro pueblo.

La oracion de David era muy tierna, muy fervorosa, era toda caridad, y el Señor la oyó en su misericordia

y no permitió que el ángel volviese á herir á la ciudad ; mas la peste seguía haciendo estragos en el reino. Se representaba esta escena terrible cerca de una éra situada sobre el monte Moria en el recinto de Jerusalem, la cual éra pertenecía á un Jebuseo convertido, llamado Areuna ú Ornan, y vino Gad, el mismo profeta que habia intimado á David el castigo, y le dijo : Levántate y erige un altar al Señor en la éra de Areuna Jebuseo. David y los ancianos se levantaron y dirigieron inmediatamente á la éra de Areuna. Este y sus cuatro hijos que estaban trillando el trigo, habian visto tambien al ángel exterminador y se habian escondido. Cuando el rey y sus ancianos se acercaban ya á la éra, levantó Areuna los ojos y vió, no ya al ángel exterminador sino al rey y sus ancianos que venian hácia él. Entonces saliendo á su encuentro, se postró sobre la tierra, veneró al rey, y dijo : ¿Qué motivo hay para que el rey mi señor venga á su siervo? Vengo, dijo David, á comprar tu éra, levantar en ella un altar al Señor y ofrecer sacrificios para que cese la mortandad que aflige al pueblo. Tómela el rey mi señor, dijo Areuna, y sacrifique como bien le pareciere. Aquí tiene trigo para las ofrendas, bueyes para el holocausto, y trillos, yugos y carro que servirán de leña para quemar los bueyes y consumirlos, No será así, dijo el rey, sino que te daré el dinero que valieren y no ofreceré al Señor mi Dios holocaustos que no sean míos, ni sobre posesion ajena, y dió á Areuna cincuenta siclos de plata por las ofrendas, víctimas y leña, y seiscientos de oro por la éra y el monte en que se hallaba.

Edificó, pues, David el altar en la éra de Areuna; ofreció sobre él holocaustos y hostias pacíficas, y pidió al Señor la cesacion de la peste con un corazon contrito y humillado que nunca despreció Dios. Un doblado portento hizo conocer á David que su oracion habia sido oida. Bajó fuego del cielo sobre el altar y consumió las víctimas, y al mismo tiempo vió al ángel exterminador

con la espada desnuda y que la metia en la vaina por órden del Señor. Entonces la peste, que llevaba ya cortadas setenta mil vidas en todo Israel, cesó, y David al ver el fin de los estragos que causaba, quiso ir al monte de Gabaon, donde estaba á la sazón el tabernáculo y el altar de los holocaustos que habia hecho Moises en el desierto, para sacrificar sobre él nuevas víctimas y presentar hostias pacíficas, y de accion de gracias; pero no tuvo aliento para hacer este corto viaje, porque habia quedado muy aterrado y debilitado al ver desnuda la espada del ángel exterminador; mas en cambio recibió el consuelo de saber, ó por inspiracion interior, ó por boca del mismo profeta Gad, que el lugar en que se hallaba era el terreno elegido por Dios para el gran templo que habia de edificar su hijo Salomon, y así lo manifestó al pueblo diciendo : Esta es la casa de Dios. Sin embargo la muerte de setenta mil hombres afligia mucho á David, que se miraba como el único culpable de un castigo que muchos atribuyen á la rebelion del pueblo que habia abandonado á su rey por seguir á Absalon.

Preparativos de David para la edificacion del templo.

David se volvió á su palacio, y viendo á Dios aplacado, ya no pensó sino en facilitar lo mas posible la edificacion de su templo. Habia reunido en Jerusalem tesoros inmensos, tomados á sus enemigos, y hecho un acopio inapreciable de maderas de cedro, que le habian traído los Tirios y Sidonios, y ahora mandó que viniesen á Jerusalem todos los prosélitos ó convertidos que habia en todo el reino, y los destinó, unos á arrancar y cortar piedras en las canteras, otros á labrarlas y pulimentarlas, otros á trabajar en hierro y cobre, y otros á las obras de carpintería y albañilería; porque se decia á sí mismo : Salomon, mi hijo, es todavía un jóven tierno y delicado, y la casa que yo quiero que edifique al Señor debe ser

tal, que sea nombrada en todas las regiones del mundo, y así le iré preparando lo necesario; y por esta causa dice el historiador sagrado que antes de su muerte preparó todos los gastos.

Llamó también á Salomon y le dijo: Hijo mio, mi voluntad era edificar una casa al nombre del Señor mi Dios, mas vino á mí su palabra, diciendo: Has hecho muchas guerras y derramado mucha sangre, tú no podrás edificar casa á mi nombre habiendo derramado tanta sangre delante de mí. El hijo que te nacerá será muy pacífico, porque yo le daré paz con todos sus enemigos en rededor, y por esta causa será llamado *el Pacífico*. Este edificará la casa á mi nombre. Yo le seré como padre, y él me será como hijo, y afirmaré el trono de su reino sobre Israel para siempre. Ahora, pues, hijo mio, el Señor sea contigo. Anímate y edifica la casa á tu Dios, como el Señor ha dicho, hablando de ti. El Señor te dé prudencia y talento para que puedas gobernar á Israel y guardar la ley del Señor tu Dios; pues entonces aprovecharás, cuando guardares los preceptos y los juicios que el Señor mandó á Moisés que enseñase á Israel. Esfuérzate y obra varonilmente. No temas ni te acobardes. Ya ves que yo en mi pobreza he preparado para los gastos de la casa del Señor cien mil talentos de oro (trescientas veinte y ocho mil arrobas) y un millon de talentos de plata (tres millones docientas y ochenta mil arrobas). El cobre y el hierro que he reunido no puede pesarse, porque la cantidad no tiene número. Hay preparadas maderas y piedras para toda la obra. Tienes también muchísimos artifices, canteros, albañiles, carpinteros y todo género de artesanos diestrísimos en hacer obras en oro, plata, cobre y hierro. Anímate, pues, y pon la mano en la obra, luego que mi muerte ponga la corona en tu cabeza. El Señor sea contigo.

Habían pasado estas paternas instrucciones y espiadosos encargos en presencia de todos los principales de Israel, y volviéndose ahora á ellos, les reencargó que ayudasen

á su hijo y cooperasen á la edificación del templo. Vosotros, les dijo, estais viendo que el Señor vuestro Dios es con vosotros; que os ha dado reposo por todas partes; que ha entregado á todos vuestros enemigos en vuestras manos, y que toda la tierra está sujeta delante del Señor y delante de su pueblo. Entregad, pues, vuestros corazones y vuestras almas á buscar al Señor vuestro Dios. Levantáos de concierto á edificar su templo para trasladar á su santuario el arca de la alianza del Señor.

Preciosa Sunamita.

Aquí concluyó David su exhortacion acaso por falta de fuerzas corporales, pues á pesar de haber sido tan robusto, y de no haber cumplido todavía setenta años, habia envejecido y se habia enfriado tanto que ninguna ropa alcanzaba á calentarle. Sus persecuciones, sus destierros, sus trabajos, sus pesadumbres, sus guerras casi continuas, y el dolor, la pena, el temor y la afliccion que acababa de sufrir con motivo de la peste, habian apagado tanto el calor natural que parecia estar para acabarse. En este peligro dijeron sus criados, busquemos al rey nuestro Señor una vírgen jovencita que le asista, le abrigue, duerma en su seno y le dé calor; y buscaron en todos los términos de Israel una jovencita hermosa, y hallaron á Abisag, natural de la ciudad de Suna, en la tribu de Isacar, y la llevaron al rey y el rey la tomó por esposa. Era la doncellita en gran manera hermosa, y dormía con el rey y le servia (dándole calor), mas el rey no la tocó. San Jerónimo reconoce en Abisag Sunamita, jóven, vírgen y hermosa, una imágen de la sabiduría, que es la que acompaña castamente al hombre justo en su vejez, y la considera también como imágen de la Iglesia, que es la casta esposa del Cordero.

Intentona de Adonías.

Á este tiempo Adonías, hijo del rey y de Hagit, mujer de primer orden, se habia alzado diciendo en su corazón: Yo reinaré; y se habia hecho carrozas y tomado guardia de á caballo y gente de á pié hasta el número de cincuenta para que corriesen delante de él, y ahora, viendo el peligro del rey, trató de coronarse. Era Adonías hermoso, como Absalon, segundo despues de él por nacimiento, y semejante á él por su espíritu de rebelion. Estaba de acuerdo con Joab, hijo de Sarvia, y con Abiatar sumo sacerdote, que favorecian su intento, y como era el hijo mayor del rey, despues de la muerte de Amnon y Absalon, creyó que esto le daba un derecho indisputable á la corona, como sucedia en las naciones que rodeaban á Israel, sin atender á que los dos únicos reyes que habia tenido la nacion santa no habian subido al trono por mayoría de nacimiento, ni siquiera por derecho de familia, puesto que su padre David no descendia de Saul, sino por eleccion, y eleccion del mismo Dios. Tampoco podia ignorar que su hermano Salomon estaba elegido por Dios hacia mucho tiempo para reinar sobre Israel, porque era público. Á pesar de todo, Adonías habia pensado en ser rey y llevaba adelante su intento. Habia tomado por modelo al rebelde Absalon su hermano, y despues de haber hecho, como él, ostentacion de grandeza con sus carrozas, guardias y escolta en Jerusalem, salió de la corte á ofrecer sacrificios, no en Hebron como Absalon, porque distaba una jornada, sino á la puerta de palacio, por decirlo así, á la piedra de Zoelet, junto á la fuente de Rogel, que estaba tocando con los jardines del rey, sin haber tomado su licencia, como Absalon, y hasta sin su noticia.

Convidó Adonías al gran sacrificio y banquete, que iba á celebrar en Zoelet, á todos los hijos del rey, excepto Salomon, á Joab, general de las tropas del rey, á

los principales jefes del ejército, al sumo sacerdote Abiatar, á los mas considerables entre los sacerdotes y levitas, y á una gran parte de señores de la corte; y despues de ofrecer en sacrificio sus becerros, sus carneros y otras especies de gruesas víctimas, se principió el banquete. Llegaron los brindís y luego resonó el que era objeto único de todo aquel aparato. *Viva el rey Adonías*, se gritó en toda la junta. *Viva el rey Adonías*. Esto era lo que se oía y repetia entre los convidados, y esto era lo que intentaba y deseaba Adonías.

Aviso á David.

Como estaba Zoelet tocando con Jerusalem, luego llegó al palacio la noticia de lo que pasaba en el banquete de Adonías. ¿No sabeis, dijo Natán á Betsabée, madre de Salomon, no habeis oido que reina ya Adonías, hijo de Hagit, y que David nuestro señor no lo sabe? Venid, pues, tomad mi consejo, y salvad vuestra vida y la de vuestro hijo Salomon. Id al momento, entrad al rey y decidle: ¿Por ventura, mi señor y mi rey, no jurásteis á esta vuestra sierva, diciendo: Salomon tu hijo reinará despues de mí y se sentará sobre mi trono? ¿Porqué, pues, reina Adonías? Y cuando esteis hablando todavia con el rey, entraré yo y apoyaré vuestras razones. Corrió Betsabée al cuarto del rey con el sobresalto de una madre que veia á su hijo entre la corona y la muerte. Le halló solo con la Sunamita que siempre le acompañaba, y se inclinó profundamente en su presencia. ¿Qué quereis? le dijo el rey. Vos, mi señor, respondió Betsabée, jurásteis por vuestro Dios y Señor á vuestra sierva, que Salomon mi hijo reinaria despues de vos, y se sentaria en vuestro trono; y hé ahí que reina ya Adonías, y el rey mi señor lo ignora. El ha sacrificado bueyes, y reses gruesas, y muchísimos carneros, y ha convidado á todos los hijos del rey, á Abiatar sumo sacerdote, y á